

“leyes de la historia” y en la “racionalidad de lo real” es la causa de esa laguna. (Hasta después de muerto Marx no empezará a sospechar Engels, cuando contesta a preocupaciones de Kautsky, que a lo mejor Malthus tenía un poco de razón; y sólo entonces deja de confiar en la dialéctica de las leyes históricas y se pone a investigar y argumentar por qué el problema demográfico, “si se presenta”, será más fácil de resolver en el socialismo que en el capitalismo).

El que este Marx más completo – aún con su importante laguna – sea el leído en el siglo XXI presupone que sus lectores hayan abandonado la fe progresista en la bondad supuestamente necesaria de toda reproducción ampliada y hasta del mismo paso del tiempo.

Manuel Sacristán Luzón

*JUAN RULFO: MERA ESENCIA  
EN LA NOVELA DE LA REVOLUCION*

Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno nace en Sayula, Jalisco, el 16 de mayo de 1918. Antes de dedicarse a la literatura fue archivista, agente de migración y vendedor de llantas. Solo “en una ciudad pequeña, miserable, una ciudad burócrata” donde no conocía a nadie, después de las horas de trabajo –en el archivo de la Secretaría de Gobernación– se quedaba a escribir, a entablar una especie de diálogo consigo mismo. En 1948, a instancias de Efrén Hernández –también escritor– da a conocer sus primeros relatos en la revista *América*. En 1953 publica *El llano en llamas* –cuentos–, y en 1955 la novela *Pedro Páramo*.

Clásica dentro de una literatura y un lenguaje, la obra de Rulfo ha sido traducida a más de 20 idiomas y, desde hace tiempo, es lectura obligada en las escuelas de enseñanza media y superior.

Contra el escepticismo del autor, que decía no estar seguro de que su obra fuera verdaderamente valiosa, los lectores y la crítica en general vieron en ésta una de las expresiones más altas de la narrativa contemporánea. Mientras se llevaban a cabo análisis, interpretaciones e intentos por descifrar mensajes, Juan Rulfo guardó hasta su muerte —7 de enero de 1986— un silencio casi impenetrable. Los esporádicos comentarios recogidos por la prensa sirvieron sólo para generar y atizar la leyenda viva de un hombre a quien escribir le hacía sentir remordimientos y que asombrado ante los homenajes y reconocimientos, con humildad estremeceadora, sólo acertaba a definirse como una pura nada...

Si en el plano sociopolítico la revolución de 1910 no hizo sino encumbrar en el poder a una incipiente clase media mexicana, olvidando en el camino las reivindicaciones populares por las que en un comienzo se luchaba, en el terreno literario sería el gran tema a partir del cual los novelistas explican al país.

Proceso social que rebasa sus propias dimensiones temporales, el movimiento generado a principios de siglo haría que los escritores volvieran hacia él su mirada y que sus obras, de *Los de abajo* a *Gringo viejo*, constituyeran lo que se ha dado en llamar la novela de la revolución.

Inscrito en la corriente de la escritura tradicional o regional, este género se caracteriza por abordar asuntos directamente relacionados con el ámbito rural, sin que en sus pretensiones esté sociologizar una realidad y unos personajes determinados.

Al retomar la revolución como tema literario, Mariano Azuela, Rafael F. Muñoz, Martín Luis Guzmán, Nellie Campobello, Mauricio Magdaleno y Agustín Yáñez, entre otros, narran la historia al margen de las versiones oficiales. Emprenden el recuento de vicios, traiciones y corruptelas y, durante dos décadas, de 1928 a 1949, años en que aparecen *El águila y la serpiente* y *Tierra grande*, respectivamente, intentan esclarecer el pasado inmediato.

Tras un periodo en el que parece disminuir el interés por este tipo de narraciones, en 1953 Juan Rulfo publica *El llano en llamas* y, dos años más tarde, *Pedro Páramo*, libros en los que el autor jalisciense recrea entornos y lenguajes para darnos a conocer la pura esencia de la tierra y concretar, en sólo dos textos, lo antes dicho por los novelistas arriba citados. *Pedro Páramo*, antes que romper con la obra que le precede, viene a significar una continuación entre ella y el relato contemporáneo. Pero, a diferencia de los otros novelistas, la importancia de Rulfo radica en haber impregnado al tema rural mexicano un carácter universal:

Es falso que con *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* se hayan agotado las posibilidades de la escritura regional. Muchas de las obras producidas en los últimos años —*La muerte de Artemio Cruz*, en 1962 y *Gringo viejo*, en 1985, para mencionar sólo dos— tienen como eje de su trama las miserias cotidianas del medio rural, pero si las 270 páginas escritas por Rulfo son, de alguna manera, la síntesis de las miles de cuartillas que sobre el tópico existían, es porque el autor trata, como nadie antes, los temas tradicionales y hace de paso, de *Pedro Páramo* —como señala Gabriel García Márquez— “la novela más bella que se ha escrito desde el nacimiento de la literatura en español”.

*El sabor de la tierra*

En la topografía literaria hay pueblos y ciudades que marcan. Ubicada “en la mera boca del infierno, sobre las brasas de la tierra”, Comala es el lugar que Juan Rulfo incrusta en la cultura latinoamericana, para desde ahí dejar caer al mundo sus palabras de tierra, desoladas.

Orquestado bajo un arreglo aparentemente caótico, Pedro Páramo —Juan Rulfo— trastoca las convencionales coordenadas de la realidad objetiva: crea una atmósfera de irrealidad que confluye, a su vez, en realidad fatalista, estática, sin distinción entre pasado y futuro. Aquí los planos temporales se entrecruzan, se vuelven simultáneos; las relaciones cronotrópicas pierden su significado y el desarrollo del argumento se paraliza... es sólo presente en agonía.

Hijo de todos los abandonos, el de sus padres, el de la tierra, Rulfo nos lleva a Comala para mostrarnos un mundo de estagnación donde nada, excepto el pensamiento, es posible. La acción, entonces, se desarrolla a partir de personajes-eco; hombres y mujeres solos, introspectivos, que exteriorizan sus más íntimos pensamientos y pasiones a través, más que del diálogo, de un monologar ensimismado.

Vivos o muertos, o muertos en vida, como ánimas en pena, los personajes rulfianos transitan por Comala, ese pueblo en que Pedro Páramo asienta sus reales y se erige en poder absoluto, en prototipo del latifundista mexicano. Investido del poder que le confiere la fuerza y la violación a toda ley, el cacique de la Media Luna establece sus propias normas, se adueña no sólo de la tierra, sino de la vida de los hombres, pisotea honras, impone jefes revolucionarios, transa con “los alzados”, concede o niega según sus conveniencias y, al final, tras la muerte de la mujer siempre

amada pero siempre ajena, decide cruzarse de brazos para que Comala se muera de hambre.

Como ráfagas de viento que vienen y se van, las voces de Juan Preciado, Abundio Martínez, Susana San Juan, Fulgor Sedano, Eduviges Dyada, el padre Rentería, entre otras, van y vienen por los llanos y lomerías que circundan a un pueblo con sabor a desdicha: sediento y yermo.

Los conflictos pasionales, la violencia, el sexo, son los motivos constantes en la obra de Rulfo; la muerte, la soledad, la ruina y la religión, sus temas recurrentes, pero es erróneo pensar que éste, porque trata ese asunto y esas personas, se enlista en la tradición sociológica, costumbrista o psicoanalista de la novela.

Cuando parecía que ya todo se había dicho sobre el tema, los cuentos y la novela de Rulfo constituyeron, hace más de 30 años, un ramalazo asestado a la literatura contemporánea; desde ella, —el autor ofrece la visión de un medio rural inserto en un país agotado por la Revolución y la guerra cristera—, y de unos hombres que, llenos de polvo y de miseria, son perseguidos por el infierno más allá de la muerte...

Laura Guillén